

parecía lucir para alumbrar el tuyo. No obstante, no te fíes; piensa y pregunta. ¡No preguntes á nadie; no te entenderán! Interrógate á ti misma. Adiós.»

Y Meyer es digno de ella por el espíritu. Escribiendo á su amigo Godefroy, no permanecen ocultas sus delicadezas de alma súbitamente reveladas:

«¿Encuentras el estilo de mis cartas cambiado, mi querido Godefroy? ¿Por qué no decirme si es para bien ó para mal? Pero me parece que debe ser para bien, aun cuando yo hubiese cambiado para mal. Ya no soy un niño, es verdad, y casi debería decir, es demasiado verdad. Pero al fin de cuentas, puesto que la vida avanza, es preciso que avancemos también nosotros. Que se quiera ó no, se cambia, nos instruimos y somos responsables de nuestras acciones. La despreocupación se pierde, la alegría sufre; pero si la circunspección y la dicha quieren ocupar sus puestos no tenemos por qué lamentarnos. ¿Te acuerdas de *Huron*, que leíamos juntos? Allí dice que la señorita K... (no me acuerdo de su nombre), se convirtió en una persona. Yo no comprendía lo que quería decir *persona*, pero ahora lo comprendo. Comprendo que pague la experiencia que adquiero, mas querría que otros no la pagasen por mí. Esto es, sin embargo, muy difícil, pues nada hacemos solos ni nada nos ocurre á solas.»

Es preciso omitir (aunque lo mejor habría sido imprimirlo aquí extensamente), todo este libro desconocido que no habría ocupado más que el espacio de un cuento. Pero continúo glosando. Un encuentro en un día de lluvia, al regreso de un paseo, hace que Meyer y su amigo el conde Max hagan compañía á la señorita de La Prise, quien delante de su casa les invita á entrar. Este cuarto interior nos ha encantado. Se improvisa un concierto muy agradable; Meyer toca muy bien el violín, la señorita de La Prise le acompaña, y no podría encontrar mejor embocadura una flauta

que la del conde Max, y la flauta es un instrumento que llega al corazón más que ningún otro. El tiempo pasa deprisa. Son ya casi las nueve de la noche, hora de la cena, y la señorita de La Prise dice mirando al reloj: «Señores, cuando yo era rica no sabía dejar á la gente que se marchase, y como tampoco lo he aprendido desde que no lo soy, si ustedes quieren cenar conmigo me harán un gran placer.» Se quedan, la alegría crece, y la propia señora de La Prise no ríe más.

«A las diez (habla Meyer), un pariente y su mujer vinieron. Se ha hablado de las noticias, entre otras, del matrimonio de una joven del país de Vaud que se casa con un hombre muy rico, pero muy tosco, amando ella apasionadamente á un extranjero que no tiene fortuna, pero sí mucho talento y mérito. ¿Y le ama ella? — ha preguntado uno. Dicen que sí; tanto como ella es amada. — *En ese caso creo que se equivoca* — dijo M. de La Prise. — *Pero es muy buen partido para ella;* dijo la madre, *esa muchacha no tenía nada, ¿qué podría hacer mejor?* — *Pedir limosna con otro* — dijo entre dientes la señorita de La Prise mezclándose en la conversación. — ¡*Pedir limosna con otro!* — repitió su madre. *Mirad que buenos propósitos de una muchacha. ¡Creo que realmente está loca!* — *No, no; no está loca, tiene razón,* — dijo el padre. *Eso me gusta á mí y es lo que yo pensaba cuando me casé contigo.* — ¡*Oh, bien, buen negocio hicimos!* — *No tan malo,* dijo el padre, *puesto que nació esta hija.*

«Entonces la señorita de La Prise, que desde hacía un momento se había inclinado sobre su plato cubriendo sus ojos con ambas manos, se arrodilló ante su padre, cogiendo las de su padre cubriéndolas de besos y de lágrimas. Oímos tiernos sollozos. Fué aquel un cuadro imposible de pintar. M. de La Prise, sin decir nada á su hija, la levantó, y la sentó en una silla delante de él, sujetándola con una mano y limpiándola las lágrimas. Nadie hablada. Al cabo de unos momentos se levantó, y sin volverse, salió del comedor.

Yo me levanté para cerrar la puerta, que había dejado abierta. Todo el mundo se levantó. El conde Max cogió su ombreiro y yo 1 mío.

« En el momento en que nos acercábamos á Madama de La Prise para despedirnos, su hija entró de nuevo. Venía más serena. *Deberías rogar á estos señores que fuesen discretos*— le dijo su madre.— *¿ Qué pensará de ti la gente si supiesen tus propósitos?* — *Querida mamá*— dijo su hija, — *si continuamos hablando de esto no lo podré olvidar en mucho tiempo,* — dijo el conde.

« Salimos juntos. Caminamos algún tiempo sin hablar. Luego el conde me dijo: — *¡ Si yo fuese más rico!... Pero esto es casi imposible. Es preciso no pensar más en ello y trataré de no pensar un sólo instante. ¿ Pero usted?...* añadió cogiéndome una mano. Yo se la apreté y nos separamos. »

Si Diderot hubiese conocido estas páginas ¿ qué habría dicho? Habría corrido con él en la mano á casa de Sedaine. Lo admirable es que en todo ello no hay ni sombra de misterio, que en nada vemos al autor, y que ese delicioso *Terburg* se nos persentó sin necesidad de pinceles.

Llegamos al punto delicado, para el que hubiera hecho falta á Madama de Charrière cualidades superiores á las de un talento sencillo, á una vena franca y como ha dicho muy bien el crítico de entonces, *una especie de espíritu valeroso* (1). La pobre modista Juliana que hemos olvidado un poco, Meyer la ha olvidado también; pero no tan pronto para no ocuparse más de ella. El no la ha tendido un lazo sino que ella vino por

(1) En el *Nuevo Diario de Literatura*. Lausanne, 15 de Junio 1784, el ministro Chaillet defendió á las *Cartas Nuechalesas* contra sus compatriotas en una artículo admirable y nada tonto, lo aseguro. Decía: « No es más que una bagatela, pero una bagatela muy bonita. En ella hay facilidad, rapidez de estilo, cosas que componen el cuadro, observaciones justas, ideas que quedan, una afortunada mezcla de fragilidad y de honradez en los personajes, una especie de *espíritu valeroso* y sostengo que un alma vulgar no se podría haber inventado... »

su propio impulso inocente, pero no volvió igual. Juliana va á ser madre. ¿ Qué hacer? Un día trabajando en casa de la señorita de La Prise, que ha tenido muchas bondades con ella y que viéndola triste, pálida y temblorosa la cerca con preguntas afectuosa, por la noche, antes de marcharse, con sollozos le confiesa todo. Meyer que ha roto con la pobre niña desde varios meses no sabe nada y la señorita de La Prise es quien se lo hará saber. Al día siguiente en el baile, también pálida, grave y solemne encuentra á Meyer, que impresionado palidece sin saber por qué. La saca á bailar, pero ¡ se trata de esto! Esta escena, según mi opinión, es encantadora y realmente *casta*; es una de esas escenas que los que han llorado leyéndola, temen la indiferencia. La señorita de La Prise tiene que hablarle extensamente, pero sin llamar la atención, y para esto no encuentra nada mejor que rogar al conde Max, al leal amigo de Meyer, que se siente á su lado. Ella entre los dos que la escuchan (escena casta porque son *dos*), como si no hablase más que del baile y sus placeres, algunas veces interrumpida por las damas que pasan, á quienes saluda con una sonrisa, y luego siguiendo el hilo de relato, lo dice todo, la falta, que *esa muchacha está embarazada*, y que no sabe lo que será de ella, y habla del deber y de la piedad. Meyer, confundido, no tiene más que dos pensamientos, dar satisfacción á todo y convencer á la señorita de La Prise que no ha habido tal seducción y que todo es anterior á ella. La sencillez de las frases iguala á la de la situación. Meyer ha pedido unos minutos para reponerse del golpe y sale de la sala agitado por el dolor, la vergüenza, y hasta por la embriaguez confusa de ser padre. Pasado un cuarto de hora regresa. La señorita de La Prise y el conde Max vuelven á sentarse con él en el mismo banco:

« *Y bien, señor Meyer, ¿ qué debo yo decir á la muchacha?*— *Señorita*— contesta,— *prométale, dele, ó haga darle, por algún criado antiguo de confianza, ó por su nodriza, hágale dar lo que usted crea conveniente. Y lo suscribiré*

todo, muy dichoso de que sea usted quien lo fije... Acaso no la hubiera escogido á usted para esto, pero me encuentro muy dichoso de que usted es digna de hacerlo. Esto es una especie de lazo; mas ¿qué me atrevo á decir? Una obligación eterna que usted me habrá impuesto, y usted no podrá rechazar nunca mi reconocimiento, mi respeto, mis servicios y mi abnegación. — Yo no los rechazaré — me dijo con uno de sus acentos más encantadores; — pero es mucho más de lo que yo merezco. — Entonces añadió: ¿Se encarga usted de este cuidado? ¿Me lo promete? ¿Esa muchacha no sufrirá? ¿No tendrá que trabajar puesto que no le conviene? ¿No tendrá que soportar más insultos ni reproches? — Esté usted tranquilo — me contestó; — le daré á usted cuenta cuando le vea de lo que he hecho y me haré agradecer por mis asiduidades y pagar mis servicios. — Sonreía diciendo estas últimas palabras. — ¿No será, pues, necesario que la vuelva á ver? — dijo el conde. — De ninguna manera — contestó precipitadamente ella. Yo la miré; ella me vió y se puso roja. Yo estaba á su lado, y me incliné hasta el suelo. — ¿Que ha dejado usted caer? ¿Qué busca usted? — me preguntó. — Nada, he besado su vestido. — Es usted un ángel, una divinidad. Me levanté y de pie me puse frente á ellos. Mis lágrimas brotaban, pero no me avergonzé porque solo ellos me veían. El conde Max ha hablado de mí algunos momentos con benevolencia. Esta historia acaba bien — decían, — pues esa muchacha era digna de compasión; — pero no absolutamente desgraciada. Convinieron en ir á buscarla en seguida al sitio en que trabajaba. Me ordeñaron quedarme, y para no despertar ninguna sospecha, que bailase si podía. Di mi bolsillo al conde y los vi marchar. Así acabó esta extraña reunión. »

Las últimas cartas que siguen á esta escena, decaen suavemente, pero sin desilusionarnos. La señorita, de La Prise de este momento ha cambiado; siempre sigue siendo tan natural, pero no tan alegre, y á los ojos de Meyer más imponente. Una carta á su amiga

Eugenia acaba de abrirnos su corazón. Ama, ha pasado la crisis, es dichosa, y convencida de la sinceridad y de la lealtad de su novio, no ha tenido nada que perdonar. Un poco de ilusión se ha perdido; pero la flor de ella gana en perfume. « Ciertamente habíamos nacido el uno para el otro — dice — acaso no para vivir juntos, pero sí para amarnos... Adiós, querida Eugenia, ya no te le cedería. » Una enfermedad de su amigo Godefroy obliga á Meyer á marcharse á Estrasburgo inopinadamente. No tiene tiempo más que para escribir su marcha á la señorita de La Prise con la declaración de su amor, pues hasta entonces no la había habido de palabra, y esta es la primera carta que se atreve á dirigirle. La confía á su leal amigo Max que corre á una tertulia en la que se encuentra á la señorita de La Prise. Se la entrega sin afectación, y ella, en una tarjeta, como si dibujase una flor, contesta con un lápiz dos palabras discretas, que dejan al afortunado Meyer y á su porvenir toda esperanza.

Este es el verdadero final, el sólo que convenía. Llevarlo más lejos habría sido atropellarlo, y llegar al matrimonio hubiera sido demasiado vulgar. Al contrario, queda la duda; los ojos continúan húmedos cuando se vuelve la última página, y soñamos. Las *Cartas Neuchatelenses* no tuvieron continuación y no debían tenerla.

Dos años después, en 1786, Madama de Charrière dió su libro más conocido, *Calixta ó Cartas de Lausanne*. Se podría titular *Cecilia* mejor que *Calixta*, pues Calixta no es más que un personaje episódico y Cecilia la verdadera heroína (1). La madre de Cecilia escribe con regularidad á una amiga y pariente de Languedoc y no le habla más que de esa querida niña sin fortuna que tiene diez y siete años y á quien es preciso casar. Nada más gracioso que todos esos pensamientos de una madre joven todavía. Describe su Cecilia, sus bellezas,

(1) Para la entera exactitud biográfica debo decir que el título de *Calixta ó Cartas de Lausanne* figuró en ediciones posteriores, pues la primera se titulaba el primer volumen *Cartas escritas desde Lausanne*, y el segundo *Calixta ó continuación de las cartas*, etc.

su salud, su frescura, sus pequeños defectos, el cuello un poco grueso; pero todo con gran encanto. — « Y bien, sí, un guapo saboyano vestido de mujer. Esto es bastante. Pero no olvidéis para figuráosla tan bonita como es, cierta transparencia de la tez, yo no sé qué de satinado, lo contrario del mate, el satinado de la flor roja de los guisantes olorosos. » Por todas partes le hacen el amor á Cecilia, que no tiene más que escoger entre los amantes : un primo ministro, un bernés de mérito... Pero, decididamente, el preferido de la muchacha es un pequeño *milord* que está de paso, que le hace la corte muy tiernamente, pero que no se declara. Todos estos detalles de una coquetería inocente, de emoción ingenua, de prudencia maternal y de franqueza casi de hermana, se destacan en un fondo de paisaje brillante y en una descripción de la ciudad de Vaud. Nada de drama, situaciones sencillas y un no sé qué de interés atrayente. Cecilia no se hace ilusiones, ella no ve lleno como merece el corazón del *lord* demasiado frívolo. ¡ Dos lágrimas brillan en sus ojos al confesarlo ! La carta XVI nos ofrece una escena entre la madre y la hija como las *Cartas Neuchâtelenses* pueden hacernos asegurar.

« ... Nuestras palabras acabaron ahí, escribe la madre, pero no nuestros pensamientos. Los intervalos de inquietud están llenos por el fastidio. Algunas veces me repongo dando un paseo con mi hija, ó bien, sentándome, como él, en la ventana que mira al lago. Agradezco á las montañas, á la nieve y al sol, el bien que me proporcionan, y al autor de todo lo que veo el haberme hecho ver cosas tan agradables. Las leyes que rigen al universo hacen caer la nieve y lucir el sol. Este, al fundirla, producirá los torrentes y las cascadas, y dará al agua los colores del arco iris. Estas cosas son bellas aunque no haya ojos que las miren. Su variedad es tan necesaria como lo es su existencia y prolonga mi placer ! Bellezas impresionantes de la naturaleza, todos los días ojos os admiran, todos los días causáis nuevas sensaciones ! »

El pequeño lord tiene un pariente, una especie de gobernador, muy diferente de él, un hombre serio prematuro, á quien rodea una tristeza misteriosa. En la confidencia que tiene con la madre de Cecilia aparece Calixta. El amaba en su país, ama siempre á Calixta, y esta criatura adorable le amaba igualmente, pero había representado en el teatro *The Fair Penitent*, el papel del que le quedó el nombre. Su reputación primera había sido equívoca. Gracia, talento, alma celeste, fortuna, no pudieron doblegar á un padre para que diese á su hijo el consentimiento de matrimonio. Esta historia novelesca tiene en el detalle un poco de color inglés, algo de lo que Osvaldo, más tarde, reproducirá un poco menos sencillamente con Corina, y esta primera Corina, notadlo bien, exquisita ingenua, ha vivido durante mucho tiempo en Italia. Después de muchos sufrimientos y de vicisitudes, Calixta se casó con otro y pura y consumida muere. Muere como aquel emperador quería morir, en medio de músicas sagradas, genio de las Bellas Artes y de la ternura, y exhala su alma á Dios haciendo ejecutar el *Messiah* de *Haendel* y el *Stabat* de Pergolese. El que ella amaba recibe la funesta nueva estando en Lausanne, y si no le rodeasen en estos momentos consolándole su desesperación sería extremada. Entretanto, su pupilo, el joven Lord, no se ha declarado todavía, y Cecilia y su madre se marcharon á ver á su parienta de Languedoc. Esta novela parece que no acaba y sin embargo está terminada. La conclusión, la moraleja, ¿ es preciso decirlo ? es que á nuestro lado un amigo desconsolado y arrepentido se acusa de haber herido un corazón, y se mataría por la desesperación que causa el haberle dejado morir, en tanto que tú, hombre joven, que le acusas, cometes la misma falta. Te excusas diciendo, este caso es indiferente, pero las consecuencias, si no no eres prudente, llegarán terribles más tarde por poco corazón que tengas. Y aun cuando no vengas, y que no ocurra la muerte, ¿ no es nada hacer sufrir ? ¿ No es nada perder el inestimable bien de ser únicamente

amado? Así va el mundo, ilusión y sofisma, en un círculo siempre igual de deseos, defectos y amarguras.

Calixta tuvo mucho éxito en París y fué introducida por el salón de Madama Nécker. Buscando bien, se encontrarán en los periódicos de aquel tiempo varios artículos. *Le Mercure* de Abril de 1786 contiene uno cerca del *Marido sentimental*, que es de M. Constant (tío de Benjamin); y á continuación de él, Madama de Charrière había añadido una ingeniosa contrapartida bajo el título de *Lettres de mistress Henley*. Esta novela de M. Constant es filosófica y muy agradable, y he aquí el asunto. M. de Bompré de cincuenta y cinco años, retirado del servicio, habita en paz en tierras del país de Vaud, pero habiendo ido á Orbe á la boda de un amigo envidia su felicidad. A pesar de su buen caballo, su fiel perro, su excelente y viejo Antonio, se da cuenta de que está solo y que las veladas del invierno le parecen muy largas. Breve, estando un día en Ginebra, encuentra en la familia de un amigo una muchacha instruída, encantadora y se casa con ella. Hele aquí dichoso. Mas su mujer tiene diferentes gustos que él, mucho carácter y una gran voluntad. Al llegar á la tierra de su marido, tiene al buen Antonio á distancia, ha leído *Los Jardines* del abate Delille y ha revuelto el viejo jardín. Un retrato del padre de M. de Bompré estaba en el salón. Era mala pintura, pero se le parecía y ella hace que sea escondido en el piso más alto. La buena cabalgadura que M. de Bompré había llevado á la guerra, y que le había salvado más de una vez la vida, se vende por dos caballos y una carroza, y el pobre perro Héctor que envejece, ha sido matado por temor á que rabie. M. de Bompré es desgraciado. Esto acaba con una catástrofe; tantos dolores le desesperan y se mata. Lo interesante es que en este tiempo en Ginebra se creyó reconocer á los originales de M. y Madama de Bompré. Una Madame Caillat se enfadó y protestó en un folleto, porque su marido se había matado. En una carta escrita á un pastor respetable, se esforzaba en demostrar que ella no había tenido en Aubonne ni

caballo vendido, ni perro matado, ni retrato quitado de su sitio. Fué preciso tranquilizarla y el autor de la novela le escribió diciéndole que eran cosas imaginadas, y jurándole que no había pensado en ella. Todo esto fué impreso y á pesar de todo y de todas las afirmaciones, el público siguió creyendo que la anécdota de la novela era la historia de la reclamante. Madama de Charrière, en las cartas que añadió al *Marido sentimental* no entró en esta cuestión, pero mostró el lado inverso y más frecuente en el matrimonio. Una mujer delicada, sentimental y *no comprendida*. Misstress Henley, persona novelesca y tierna, se casa con un marido perfecto; pero frío, sensato, sin pasión, un Grandisson insoportable; el cual sin darse cuenta, y á fuerza de nada la deja morir. Lo que resulta de la comparación entre el *Marido sentimental* de M. Constant y *Mistress Henley* de Madame Charrière, es que el ideal del matrimonio está muy comprometido. El doble aspecto de estas dos novelas nos lleva á una deducción muy triste pero curiosa para los observadores de la naturaleza humana. En estas cartas de Mistress Henley hay algunos pensamientos delicados y la melancolía aparece, bastándome para prueba esta página:

« Este sitio de permanencia (*tierra de Hollowpark*), es como su dueño: en ella no hay nada que cambiar, nada que exija mi actividad ni mis cuidados, todo está demasiado bien. Un viejo tilo quita á mi ventana una bella vista, pero cuando deseaba que le cortasen comprendí que sería una lástima. Cuando me encuentro mejor es cuando veo en esta estación brillante las hojas aparecer y desplegarse, y una muchedumbre de insectos volar y correr en todos sentidos. No conozco nada, no profundizo nada, pero contemplo y admiro este universo tan completo y tan animado. Me pierdo en este vasto Todo tan asombroso, y no diré tan sabio, porque yo soy demasiado ignorante. Yo ignoro los fines, no conozco los medios, ni el fin, y no acierto á explicarme que tantos mosquitos sirven de alimento á

esta voraz araña... Pero miro, y las horas pasan sin que yo haya pensado en mi ni en mis pueriles penas.»

Desde que el *panteísmo* se convirtió para nosotros en un lugar común, una tesis novelesca y literaria, dudo que se haya producido algo más sentido que estas sencillas palabras escapadas en el ensueño de una mujer joven (1).

No entraré en el detalle de las diferentes obras de Madama de Charrière que siguieron, son de todas clases y numerosas. El inconveniente de la falta de arte, y también (Calixta aparte) de la falta de éxito central, se hacen sentir. Escribe para ella y para sus amigos día por día, sin preocuparse mucho. El menor detalle de sociedad, una lectura, una conversación sostenida durante la noche anterior hace nacer un opúsculo que apenas es terminado. Así sucede bajo su pluma las pequeñas comedias, los cuentos y las novelitas. A pesar de mis cuidados, no me alabo de haberlo recogido todo, y siempre se descubre algo nuevo y desconocido. La bibliografía de sus libros es una verdadera erudición, y si hubiese muerto dos mil años antes sería un verdadero caso de Academia de las inscripciones el hacer una lista exacta y completa (2). Ahí estamos. Me atenderé para el conjunto al testimonio de Madama Nécker de Saussure, que siendo aun niña vió un día á Genoveva Madame de Charrière y quedó sorprendida de la gracia de su talento: « Este recuerdo — exclama — me hizo leer con interés todas sus novelas y las más medianas me han dejado la idea de una mujer que siente y que piensa.

En los años de *Cartas Neuchatelenses* y de las *Carias de Lausanne*, Madama de Charrière conoció á Benjamín Constant al salir de la infancia. Pero ¿ tuvo infancia Benjamín Constant? A la edad de doce años (1779) le vemos por una carta á su abuela, ya lanzado con su

(1) En todo lo que puede no hemos hablado del estilo de Madama de Charrière, pero las citas que hemos hecho pueden servir para juzgar. Escribe en el mejor francés, en el francés de Versalles.

espada al cinto, en la alta sociedad de Bruselas. Hablan de la música que aprende y de qué manera: « Yo querría que se pudiese impedir que mi sangre circulase con tanta rapidez en mis venas para darle una marcha más cadenciosa y he intentado si la música produciría este efecto. Toco *adagio* y *largo* que dormiría á treinta cardenales. Los primeros compases van bien, pero yo no sé por qué arte de magia acabo siempre con el *prestísimo*. Lo mismo ocurre con el baile; el minué se termina siempre con cabriolas. Yo creo querida abuela, que este mal es incurable. » Y á propósito del juego de que es testigo en estas reuniones mundanas: « Sin embargo el juego y el oro que veo rodar me causan alguna emoción. » En esta carta aparece ya su peligrosa sutileza con todos sus brotes abiertos.

A la vuelta de sus viajes y una vez su educación terminada, vió á Madama de Charrière apoyándose algún tiempo en ella, quien le amó. El recuerdo se ha conservado. Se cuenta que estando en Colombier en casa de ella, como permanecían hasta muy tarde cada uno en su habitación, todas las mañanas desde la cama se escribían cartas como una especie de conversación. Era un mensaje perpetuo de un cuarto al otro, y esto le parecía más fácil que levantarse, pues ambos eran muy perezosos y muy *escribidores*. Cerca de un talento tan sutil, tan firme y tan atrevidamente escéptico, el joven Constant pulió el suyo, en esas conversaciones matinales de Colombier, discutiendo y acaso dudando de todos pudo llegar desde el principio á esta frase: *Una verdad no es completa sino cuando en ella está comprendido el argumento contrario*. Más tarde, cuando Benjamín Constant se lanzó á un escenario diferente, ella le hablaba y él contestaba poco. Hablaba de ella con ligereza, según dicen, como un hombre que ha abandonado una bandera para servir bajo otra. Se quejaba de que las cartas que recibía de ella estaban llenas de las erratas de las obras que había publicado, y parecía creer que la infidelidad de los impresores le preocupaba menos que la suya. « He aquí la suerte que

amenaza á las mujeres autores; se creen que los afectos ocupan en ellas un lugar secundario. » Un moralista profundo y mujer fué quien dijo esto.

Madama de Charrière conoció á Madama de Staël y se escribieron. Me han hablado de una controversia entre ellas, precisamente, sobre esos puntos de litigio que se encuentran discutidos en las cartas de Delfina y sobre los que vamos á ver la opinión de Madama de Charrière debía parecerse más por el tono á otra Madama de Staël (señorita de Launay).

En todas las cosas iba al fondo y al hecho con un ingenio libre, con mucho menos *talento*, como se oye decir vulgarmente, pero con menos énfasis y declamación que es costumbre ahora. Se puede juzgar por la pequeña novela *Tres mujeres*, muy notable filosóficamente, y sola en que, por estas razones tenemos todavía que insistir. La señorita Paulina de Meulán, que estaba muy bien informada acerca de las diversas obras de Madama de Charrière, y con quien tenía tantas cualidades comunes, no titubeaba en hablar con elogio de *Tres Mujeres* en *Le Publiciste* del 2 de Abril de 1809. Después de una discusión seria y por medio de una interpretación motivada, acaba diciendo, « que pensando un poco se encontrará que esta última producción del autor de *Calixta* es una de las obras más morales así como también una de las más originales é interesantes que hayan aparecido durante estos últimos tiempos. » No nos atrevemos á ser más descontentadizos en moral que lo ha sido Madama Guizot.

(Estamos en casa de la joven baronesa de Berghem, hacia 1794 ó 1795). » — ¿ Para quién escribir ahora? decía el abate de La Tour. — Para mí decía la baronesa. — No se piensa más que en la política, continuó el abate. — Tengo á la política horror, — replicó la baronesa, — y los males que la guerra causa en mi país hacen preciosas mis distracciones. Tendría el más grande agradecimiento al escritor que entretuviese agradablemente mi sensibilidad y mis pensamientos aunque sólo fuese uno ó dos días. — ¡ Dios mío!

señora, replicó el abate, si yo pudiese... — Vos podéis, inferrumpió la baronesa. — No, yo no podría — dijo el abate, mi estilo parecería insulso comparándolo con el de los escritores del día. ¿ Se mira marchar á un hombre que marcha sencillamente, cuando se está acostumbrado á ver saltos peligrosos? — Sí, dijo la baronesa, se miraría como marchaba á cualquiera que lo hiciese con gracia y rápidamente hacia un fin interesante. — Lo intentaré, dijo el abate. Las conversaciones que tuvimos días pasados acerca de Kant, su doctrina y su deber, me han recordado á tres mujeres que he visto. — ¿ Dónde? preguntó la baronesa. — En vuestro propio país, en Alemania, dijo el abate, — ¿ Alemanas? — No, francesas. Me he convencido cerca de ellas, de que basta para no ser una persona, depravada, inmoral, y totalmente despreciable y odiosa, tener una idea cualquiera del deber, y algún cuidado por cumplirlo se llama *nuestro deber*. No importa que esta idea sea confusa ó borrosa, que nazca de una fuente ó de otra, que se funde en tal ó cual fin, y que nos sometamos más ó menos imperfectamente. Me atrevería á vivir con todo hombre ó toda mujer que tuviera una idea cualquiera del deber. »

Sobre esto un gran debate. Un kantiano da una explicación del deber, idea universal, indestructible; un teólogo protesta de esta explicación y quiere recurrir á la intervención divina; un aficionado que ha leído á Voltaire y á Montaigne, duda de que un salvaje apruebe nada parecido de lo que el kantiano proclama. — ¿ Qué sabéis vosotros? — dice el abate. — Id á escribir — le dijo la baronesa. — El abate trae bien pronto su cuento de las *Tres Mujeres*.

Emilia es una emigrada de diez y seis años que ha perdido á sus padres, sus últimos medios de existencia y la esperanza de encontrar ninguno. Josefina su doncella, era su confidente. Atenta, respetuosa, celosa era á la vez la madre y la sirviente de Emilia. La sirve y la alimenta y se muestra abnegada con ella, no ama sino á ella. Emilia descubre los desórdenes de Josefina en

medio de un afecto exaltado por el agradecimiento. Esta pequeña Josefina, en su ingenuidad, generosidad y en su juicio, no deja de ser un filósofo que pone en graves aprietos. Todo lo que dice en su primera confesión á Emilia, lo que esta sabe acerca de su tío el gran vicario, sobre su tío el marqués, sobre su tía la marquesa, hace abrir los ojos á la huérfana, y nos presenta el siglo XVIII en su fácil desnudez. De otra parte, una joven viuda, Madama Constance de Vaucourt, siente gran afecto por Emilia. Vehemente, amable, tierna, irrepachable en su conducta, Madama de Vaucourt, no busca alegrías más que en el empleo generoso y bienhechor de una gran fortuna : pero esta fortuna que le han dejado sus padres está adquirida un poco mal. Ella lo sabe, y como no tiene medio de saber en perjuicio de quiénes la han hecho sus padres, se contenta en bien gastarla. Entre Constance y Josefina, Emilia, buena, recta y cándida, se ve á cada instante obligada para permanecer fiel al propio espíritu de su virtud, á alterar un poco la forma algo rigurosa. Así cuando al principio, para no ser indiscreta con Enrique, el amante de Josefina, se muestra menos sensible de lo que debiera á la pena de esta. Se lo reprocha en seguida, y temiendo una desgracia, se comapadece de la culpable en un movimiento generoso : ¡ Oh, bien, dice Josefina; no me mataré, no quiero contrariar vuestras ideas; devuélveme un poco de dicha y no me mataré. Ya esta conversación me consuela un poco: pero estaba desesperada cuando os veía ocupada tan solo de vos y de ciertos méritos que queréis tener, y con el cual dejarías sufrir tranquilamente á todo el mundo... »

Así también, cuando Emilia, después de la declaración de Madama de Vaucourt, de que sus bienes estaban mal adquiridos, muestra sus escrúpulos, la viuda después de una justificación, añade sonriente : « Sin embargo, permitidme que os diga que podríamos burlarnos de vos acerca de muchas cosas que encontráis muy naturales, y esto porque os conviene. — ¿ Qué queréis decir? exclama Emilia. — ¿ No véis, dijo

Constancia, que en el castillo seducís á Teobaldo, inquietáis á su madre, y desoláis á su prima?... »

« Lo que Constancia había hecho sentir á Emilia se parecía mucho á lo que Josefina la había hecho comprender hacia cerca de tres meses, cuando se encontró en el mismo sufrimiento, y que sus reflexiones fueron poco más ó menos las mismas. La una tenía amantes, á los cuales no quería renunciar, y la otra poseía unos bienes mal adquiridos que no quería devolver. A la una y á la otra las quería; la una y la otra le eran útiles; la una y la otra habían unido en sus confesiones el reproche y la justificación. A los ojos de la una ni de la otra no era perfectamente inocente la que se creía con derecho á juzgar, á censurar, á demostrar casi desprecio... »

El propio Teobaldo (el joven barón alemán, enamorado de Emilia), cuando se quiere mostrar severo, partidario absoluto del deber y convencido de las flaquezas y vuelto á la tolerancia :

« — ¿ Vuestro señor hijo, dice Constancia á Madama de Altenford, es lo mismo que quiere que sean los demás? — ¿ Cómo responderos? — dijo Madama de Altenford. — Suponiendo que mi hijo no tuerza nunca la regla, pero que en ciertos casos la desconoce, la rompe y no hace caso de ella ¿ es ó no es como él quiere que sea? — Cuando la pasión ciega y extravía — dice Teobaldo bajando los ojos — ¿ qué se es? Se cesa de ser el mismo. — ¿ Cómo? — dijo Constancia, — vuestras pasiones se hacen dueñas de vos hasta ese punto? Eso es muy peligroso. — Teobaldo convertido de acusador en acusado, se mostró más suave como más modesto, y agradeció mucho el silencio que guardó Emilia. »

La segunda parte de *Tres Mujeres*, que se compone de cartas escritas desde el castillo de Altenford por Constancia al abate de La Tour, se parece mucho y con frecuencia á las conversaciones que sostenían las amistades de Madama de Charrière en esto de 1794 y 1795 sobre los asuntos de aquella época. El culto de Juan Jacobo y de Voltaire al Panteón, un clérigo-filósofo,

sustituído por un clérigo-pastor, la libertad, la educación, todos estos motivos á la orden del día son tratados. Ninguna ofuscación, cada cosa está juzgada en su justo valor, hasta Madama de Sillery (de Genlis). « Admiro, dice Constanca, algunas de sus comedias cortas; hago caso de ese talento rígido y expeditivo que encuentro en sus obras y reconozco á la vez su vocación y el talento. Deberían nombrarla inspectora general de las Escuelas de la República Francesa. » *Adela de Senange* fué muy alabada.

Constancia dice que no ha querido vivir con Juan Jacobo, ni con Voltaire. — ¿ Con Duclos? — ¿ Con La Fontaine? ¿ Por qué no?... Mas acaso después de todo, el mejor no valga nada. Todos ellos están sujetos, no solamente á preferir su gloria á sus amigos, sino á ver en sus amigos, en su naturaleza y en los acaecimientos, más que relatos, cuadros y reflexiones que serán publicadas. » Creemos que Constanca se engaña en lo que se refiere á Racine, La Fontaine y Fenelón, y tememos que no esté en atraso en ella lo que era tan cierto en su siglo y que lo es sobre todo en el nuestro (1).

La conclusión de la primera parte de las *Tres Mujeres* tiene lugar entre el abate y la baronesa.

« No he encontrado nada en vuestras tres mujeres — dijo Madama de Berghem cuando volvió á ver al abate, ni he visto que probasen nada, pero me han interesado. — Eso debe bastarme, dijo el abate; pero

(1) El más manifiesto ejemplo de este egoísmo soberano y radiante, sometiendo y sacrificando el arte á las relaciones privadas, es Goethe y su *Werther*: Es preciso, mis queridos irritados, escribía á los jóvenes esposos Kestner, es preciso que os escriba para desahogar mi corazón; ya está hecho, se ha publicado, perdonadme si podéis. Y luego: « Si pudieseis sentir la milésima parte de lo que es *Werther* para millares de corazones, no sentiríais la parte que habéis tomado... Con peligro de mi vida yo no querría revocar á *Werther*... Es preciso que *Werther* exista, es preciso... ¡ Oh! tú (se dirige al esposo que pinta tan flemático bajo el nombre de Alberto), no has sentido cómo la humanidad abraza y consueta. » El verdadero amigo no gustaba mucho de este insigne favor y era más de la opinión de quien escribía: « Salvo el respeto debido á vuestro amigo, es peligroso tener un amigo autor. »

¿ no tenéis alguna estimación por cada una de mis tres mujeres? — No pude negarlo — contestó la baronesa. — Y bien, dijo el abate, — ¿ he pretendido yo otra cosa? Si os hubiese hablado de uno de esos seres como yo conozco muchos, que hasta cuando no hacen daño, no hacen ningún bien, que no teniendo más que su interés por guía, no suponen que pueda existir otro en los demás corazones, seguramente las habríais despreciado. Talento, ingenio, gracia nada os reconciliaría con un hombre de este temple. Es preciso para poder estimarle que algo le parezca *bien* estimarle que algo le parezca *mal*, que tenga una moralidad cualquiera. »

« Así habla á la joven baronesa de Berghem este amable y escéptico abate de La Tour, que encuentra poco seguro para su tranquilidad el pasar un invierno en *Allenford*, cerca de Constanca. »

La conclusión de la segunda parte repite la misma idea pero en un tono más ligero y con cierto aspecto elevado en boca de Constanca:

« ¡ Oh! la rectitud es buena. No tendré ninguna disputa don Teobaldo. Respeto todos los escrúpulos, los escrúpulos religiosos, los escrúpulos de honor, en una palabra, todos, aun aquellos que no tengan nombre y hasta la sumisión á las leyes que nada sancionan. Mi espíritu, tan enemigo de todos los galimatías, respetará siempre éste. Me gustará siempre ver á una extremada delicadeza someterse á reglas que ella no puede definir, y que no sabe de donde emanan. »

Acaba esta novela de la que yo no he entresacado más que el pensamiento, olvidando el detalle, y su delicadeza, se presta á muchas reflexiones. ¡ Cuántas cosas hay ahí, me decía yo, más de las que veo! ¡ Cuántas consecuencias y observaciones pasan sin pretender ser admiradas! ¡ Y qué agradable es advinarlas en un trazo ó en una palabra! La moral es muy escéptica pero tiende al bien. Hay una tolerancia que no es la total indiferencia. Es una *novela del Directorio*, pero que se puede volver á ver después de las restauraciones.

No seamos tan orgullosos: austeros regentes de nuestro tiempo, kantianos, ecléticos y doctrinarios, no somos tan ricos en moral como á la larga hemos probado. ¿Qué queda por decir? Desde hace treinta años ¿quién no ha leído en el alma de los hombres, sin hablar de la suya, y quién no ha comprendido? En literatura estamos peor que en otras cosas; el espíritu es el que impone la ley. Intriga, piratería, vanidad sin freno, venalidad. ¡Oh! si en todas esas gentes de talento hubiese en el corazón un sitio sano, un grano de honradez, uno sólo en cada uno; ya sería mucho. En estos momentos de disolución de doctrinas y de corrupción universal, es preciso á toda costa, tener dentro de sí, en su carácter, en su conducta, sitios invencibles, inexpugnables, aunque estuviesen aislados de todos los demás, — sí, especies de peñones de Malta ó de Gibraltar, en donde se mantiene la bandera. O para hablar más bajo y más al unísono de la naturaleza, respecto de moral, yo soy como Madame de Charrière; me basta que haya algo en cada uno (1).

Madama de Charrières tuvo, me parece, una vejez bastante triste y que encerraba estoicamente su queja.

(1) Como corolario de esto, tengo necesidad de añadir un precepto, igualmente contrario, al *todo ó nada* de una moral inaccesible. La indulgencia que se tiene para con los demás se debe tener sin duda para con nosotros mismos. Es preciso tanto como sea posible no cometer una falta; pero en fin, es una regla bien esencial de conducta el no encontrar razón para cometer una segunda falta por haber cometido una primera. Alguien veía á Madame de Montespán muy exacta en los rigores de la cuaresma y se asombraba: ¿Por que se comete una falta, es preciso cometerlas todas? — decía ella. Yo me apodero de la frase. Ayer, meditabais una vida pura, abnegada, honrada por todas las virtudes, sembrando con ambas manos las buenas obras. Esta mañana, porque habéis cometido un error, ¿no seguís el camino emprendido y os desesperáis como el soldado que deserta en el combate y no cree poder honrarse de nuevo en él? ¡Oh! haced las buenas obras como si fueseis puras, no para honraros sino para consolar al que sufre. Que el pobre no se dé cuenta de vuestro error, pues ese es el medio para que desaparezca pronto.

Alma firme y orgullosa, como hemos podido ver en el fragmento de la carta citada al principio y que se refiere á su final, estaba hecha á las necesidades diversas de la sociedad ó de la naturaleza. Se aplicaba secretamente lo que escribió con acento penetrante y elocuente en las cartas de Constanza: « Madame de Horst (alguna dama de Osnabruck), estaba en nuestra compañía. Se quejaba de su estado de su aburrimiento. ¿Y yo estoy sobre rosas? dijo la emigrada sonriendo. — Madame de Horst fué la única que no lo oyó. Pues bien, he aquí una cosa que las gentes sensibles y juiciosas deben al duelo que cubre á Europa. Enrojezieren al hablar de sus pérdidas particulares y disimulan sus pequeñas humillaciones. Desde hace tres años oigo á Catimozin por todas partes, y cuando nace mi queja muere en mis labios, y en el silencio á que yo misma me obligo mi alma se reconforta. »

Había contado poco con el amor y no había deseado la gloria, más aun cuando la razón ahuyenta á las quimeras, la sensibilidad no pierde nada. Este lindo jardín del país de Vaud y la vista de las colinas no la consolaban más que á medias. El anillo misterioso de la dicha estaba para ella, desde hacía mucho tiempo, hundido en el abismo de los lagos tranquilos. Expiró el 27 de Diciembre de 1805 á las tres de la mañana, y ya hacía varios días que no daba señales de vida. Tenía sesenta y cuatro ó sesenta y cinco años próximamente. Su marido la sobrevivió. Desde hacía mucho tiempo seguía las huellas de Madame de Charrière por la lectura de *Cartas de Lausanne*. Mejor informado de todas las cosas relacionadas con ella durante mi estancia en su país, habría creído faltar á una especie de justicia, no hablar más pronto ó más tarde, de una de las mujeres más distinguidas del siglo XVIII, de una persona tan perfectamente original de gracia, de pensamiento y de suerte, que nacida en Holanda y viviendo en Suiza, no escribía sus libros sino para que los tradujesen en alemán, pero que sin embargo, por el espíritu y por el tono, fué de la pura literatura francesa,

y de la más rara hoy, de la de *Gil Blas*, de Hamilton y de *Zadig*.

15 Marzo 1839.

En el momento de esta reimpresión tengo á la vista cartas de Benjamín Constant á Madama de Charrière (1787-1795) que M. Gaullieu y de Lausanne se propone publicar. La familia de Constant, posee por su parte cartas de Madama de Charrière á Benjamín. Saldrán á la luz cosas dolorosas. Ha sentido todas las tristezas de la vida la que escribía : « Vos no tenéis como yo estos momentos en los que no sé siquiera si tengo sentido común. Mas sería preciso ser conocida ó entendida. »

MADAMA DE REMUSAT

Siento gran debilidad por los autores que lo son sin saberlo. Se vive en el mundo al lado de ellos, gustamos de su ingenio, y estamos á cien leguas de pensar en el hombre de letras, en la mujer de letras, en el autor, ni en nada que se le parezca. Pero, un día, un verano, en un momento de aburrimiento, después de los años brillantes, esta persona, en el campo, toma una pluma, y traza, sin objeto determinado de antemano, una novela con sus recuerdos para ella sola, ó bien escribe cartas muy largas á sus amigos. Dentro de cincuenta años, cuando todos se hayan muerto, cuando ya no se leerá más el hombre de letras de profesión y que sus treinta volúmenes que pasaron irán á enterrarse en los catálogos fúnebres, la humilde y espiritual mujer, será leída, saboreada con tanto placer como cualquiera de nuestros contemporáneos, y se convertirá en uno de los más admirables ornamentos y duraderos de esta literatura, en la que no parecía pensar más que nosotros cerca de ella.

Los ejemplos dignos de citarse en este género no faltan en el pasado, y es preciso esperar que el porvenir nos reserve algunos. Desde ahora todo no será regulado por la profesión, y lo imprevisto nos sorprenderá. En esta rara y fina hilera, en que figuran desde Madama de Sévigné hasta Madama de Motteville, Madama de Rémusat ocupa su puesto. Lo tendrá más preeminente el día en que las memorias que dejó sobre el Imperio puedan ser publicadas. Entretanto, podemos reivindicar aquí al autor de un excelente *Ensayo sobre la Educación de la mujer*. Pero nuestras miradas no se